

## QUERIDAS Y QUERIDOS

Desde el confinamiento al que me tienen sometido en Barcelona, quería compartir con ustedes algunos pensamientos y vivencias que me acompañan estos días, con el ánimo de que les puedan ser de utilidad.

En primer lugar quiero manifestar que me siento en un estado de total calma y serenidad ante todo lo que está pasando, y he de confesar que algunas personas me lo han recriminado. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo con la que está cayendo?

Cuando me hicieron esta pregunta, yo mismo me lo pregunté. Y me doy cuenta que ésta ha sido mi actitud toda la vida, cuanto más graves son los acontecimientos, más serenidad y confianza se apoderan de mí. En parte lo atribuyo a la educación que recibí de mis padres. Ellos vivieron la Guerra Civil española, y luego una posguerra que fue durísima y duró muchos años. Me lo contaban con todo lujo de detalles, pero nunca expresaron una queja, una lamentación, o un asomo de desesperanza. A pesar de todo lo vivido, nunca perdieron la serenidad ni la confianza en la vida, o mejor dicho, la confianza en la Providencia. Estaban convencidos de que todo cuanto nos acontece tiene un sentido, confiaban en la voluntad de Dios, y esto incluía las enfermedades y las muertes de seres queridos.

A mí me educaron en la austeridad y en el esfuerzo. Con el pan seco se hacía una buena sopa, y un pantalón roto no tenía otro futuro que la costura reparadora. Nunca me faltó nada, pero nunca desperdiciamos nada. Y el esfuerzo tenía que ver con el honor. Recuerdo que mi padre me enviaba a buscar agua a un manantial que estaba a unos dos kilómetros de mi casa, y yo me llevaba dos garrafas de vidrio grueso, recubiertas de mimbre y hierro, que una vez llenas debían pesar unos 10 kg cada una. Lógicamente, debía hacer paradas para descansar, pero llegaba a casa con el orgullo de haberlo conseguido. También mantuvieron siempre un espíritu de fraternidad con las personas que tenían más dificultades que ellos. Habían crecido y se habían educado en pequeñas poblaciones en las que ese espíritu de colaboración era algo normal.

Desde o confinamento a que fui submetido, gostaria de compartilhar com vocês alguns pensamentos e vivências que me acompanham nestes dias, com a esperança de que possam ser úteis para vocês.

Em primeiro lugar, quero expressar que me sinto em total calma e serenidade diante de tudo o que está acontecendo, e tenho que confessar que algumas pessoas me reprenderam por isso: Como você pode ficar tranquilo numa situação como esta?

Quando eles me fizeram essa pergunta, eu me também perguntei. E percebo que essa tem sido a minha atitude durante toda a minha vida, quanto mais sérios os eventos, mais serenidade e confiança tomam conta de mim. Em parte, atribuo isso à educação que recebi de meus pais. Eles viveram a Guerra Civil Espanhola e depois uma pós-guerra que foi extremamente severa e durou muitos anos. Eles me contavam detalhadamente, mas nunca expressaram uma queixa, uma lamentação ou uma pitada de desesperança. Apesar de tudo o que viveram, nunca perderam a serenidade ou a confiança na vida, ou mais precisamente, a confiança na Providência. Eles estavam convencidos de que tudo o que nos acontece tem um significado, confiavam na vontade de Deus, e isso incluía doenças e mortes de entes queridos.

Eu fui educado em austeridade e esforço. Com o pão seco, uma boa sopa era feita, e um par de calças rasgadas somente tinham um futuro de costura reparadora. Nunca me faltava nada, mas nunca desperdiçávamos nada. E o esforço teve a ver com honra. Lembro-me de que meu pai me mandava para buscar água de uma nascente a cerca de dois quilômetros de minha casa e eu pegava dois jarros de vidro grossos, cobertos de vime e ferro, que depois de cheios deviam pesar cerca de 10 kg cada um. Logicamente, eu precisava parar para descansar, mas eu voltava para casa com o orgulho de ter conseguido. Eles também sempre mantiveram um espírito de irmandade com pessoas que tinham mais dificuldades do que eles. Meus pais haviam crescido e foram educados em pequenas cidades onde esse espírito de colaboração era normal.

Luego vinieron tiempos de progreso económico y de modernidad, y con ello, el llamado estado del bienestar. Comprar, poseer, bienestar personal y una vida cómoda pasaron a ser los nuevos valores de la sociedad. Se pasó del “ser” al “tener”, y ello nos ha llevado a la situación actual en el mundo. No hace falta que la describa, es de sobras conocida.

Hoy toda la población mundial está alertada por el coronavirus, y sumamente preocupada y atemorizada por las personas afectadas, y por el número de fallecidos, y es normal que así sea. Todas las televisiones del mundo están enfocadas gran parte del día a retransmitir esta noticia de forma exhaustiva, porque es la noticia de actualidad más importante, y no digo que no lo sea.

Pero me pregunto por qué no hemos tenido la misma sensibilidad con problemas igual o más graves que han afectado, y afectan, a cientos de miles e incluso millones de personas en todo el mundo en los últimos años: el hambre (según la UNICEF, cada día mueren 8.500 niños de desnutrición), la pobreza, la falta de acceso al agua potable, millones de desplazados por guerras, la prostitución infantil, etc.

Estas graves desgracias no nos han movilizado ni la centésima parte de lo que nos ha movilizado este virus. Al menos nos ha servido para recordarnos que los seres humanos y la Tierra estamos totalmente conectados, somos un solo ser. Pero, ¿habrá sido suficiente para despertar nuestra conciencia social y hacernos sensibles a los problemas de todos los seres humanos? ¿Tratarán los medios de comunicación estos problemas con la misma intensidad, o cuando pase el coronavirus volveremos a nuestra indiferencia de siempre?

Comencé a trabajar en el mundo de la banca en los años setenta del siglo pasado (¡qué lejos parece lo de siglo!). Viví el final de una época de tranquilidad en la economía. Luego ya vinieron grandes crisis, como la de los ochenta con el tema del petróleo y la guerra del Golfo, la de finales de los noventa con la incertidumbre del cambio de siglo y el apocalipsis informático

Depois vieram tempos de progresso econômico e modernidade e, com isso, o renomado estado do bem estar. Comprar, possuir, bem-estar pessoal e uma vida confortável se tornaram os novos valores da sociedade. Passou de “ser” a “ter”, e isso nos levou à situação atual no mundo. Não precisa ser descrito, é conhecido por todos.

Hoje toda a população mundial é alertada sobre o coronavírus, extremamente preocupada e com medo das pessoas afetadas e do número de mortes, e é normal que seja esse o caso. Todas as televisões do mundo concentram-se a maior parte do dia em transmitir essas notícias de maneira exhaustiva, porque são as notícias atuais mais importantes, e eu não vou negar isso.

Mas me pergunto por que não tivemos a mesma sensibilidade com os mesmos ou mais sérios problemas que afetaram e afetam centenas de milhares e até milhões de pessoas no mundo inteiro nos últimos anos: fome (de acordo com a OMS, todos os dias 8.500 crianças morrem de fome), pobreza, falta de acesso a água potável, milhões de pessoas deslocadas por guerras, prostituição infantil, etc.

Esses infortúnios graves não nos mobilizaram nem um centésimo do que esse vírus nos mobilizou. Pelo menos, serviu para nos lembrar que humanos e Terra estamos totalmente conectados, somos um único ser. Mas, será suficiente para despertar nossa consciência social e nos tornar sensíveis aos problemas de todos os seres humanos? A mídia tratará esses problemas com a mesma intensidade ou quando o coronavírus passar, voltaremos à nossa indiferença habitual?

Comecei a trabalhar no mundo bancário nos anos setenta do século passado (qué remoto parece!). Vivi o fim de um período de tranquilidade na economia. Depois vieram grandes crises, como os anos 80 com a questão do petróleo e a Guerra do Golfo, o final dos anos 90 com a incerteza da virada do século e o apocalipse dos computadores que foi

que se anunciaba, el 11 de septiembre en Nueva York, y finalmente la brutal crisis financiera que estalló el 2008. Todas estas crisis han tenido diferentes características y niveles de impacto, pero todas han tenido algo en común: el miedo que han generado. Y ahora, mirado desde la distancia, me atrevo a asegurar que si no se hubiera creado una campaña mediática de miedo alrededor del problema económico en cuestión, esas crisis no habrían alcanzado tal nivel de profundidad y se habrían podido solucionar antes.

También he podido observar como estos miedos provocan comportamientos irracionales y egoístas, que acaban provocando más perjuicios en la vida social. Y ahí quienes pierden siempre son la mayoría de los ciudadanos de a pie, que desconocen los entresijos que se mueven entre bastidores, y que con la intención de proteger “lo suyo” y “a los suyos”, acaban contribuyendo a su propio malestar y al de los demás. El miedo nos hace perder la dignidad, nos vuelve egoístas y, al final, responsables de las consecuencias.

Llevamos décadas con este modelo de comportamiento que corresponde a un “ser humano caducado”, y ya no podemos seguir así. Es el momento de que surja un nuevo ser humano que reconecte con esos valores de los que hablaba al principio, y los lleve a una nueva dimensión más elevada y más atrevida. Y creo que este ser humano del futuro ha de tener el coraje de desarrollar tres cualidades que llevamos dentro en potencia, pero que requieren de voluntad y esfuerzo para que puedan surgir y transformar la sociedad. Esas cualidades deberían volver a inculcarse en la educación de la infancia.

La primera es la compasión hacia todo sufrimiento humano: la gente en situación de calle, los que han tenido que emigrar, los enfermos, los heridos, etc. Pero compasión no es lástima, sino sufrimiento compartido. Algún día deberíamos llegar a sentir cualquier dolor ajeno como propio. Como decía Dostoievski, ninguna estructura social tiene derecho a subsistir si está fundada en el sufrimiento, aunque sólo sea de un solo ser humano. Y tenemos que darnos cuenta que, aquello que no aprendamos por amor, deberemos aprenderlo con dolor.

anunciado, o 11 de setembro em Nova York e, finalmente, a brutal crise financeira que eclodiu em 2008. Todas essas crises tiveram características e níveis de impacto diferentes, mas todos tiveram algo em comum: o medo que geraram. E agora, visto de longe, ousou garantir que, se uma campanha de medo da mídia não tivesse sido criada em torno do problema econômico em questão, essas crises não teriam atingido esse nível de profundidade e poderiam ter sido resolvidas mais cedo.

Também pude observar como esses medos provocam comportamentos irracionais e egoístas, que acabam causando mais danos à vida social. É aqueles que sempre perdem são a maioria dos cidadãos comuns, que não conhecem os meandros que acontecem nos bastidores e que, com a intenção de proteger “o seu” e “os seus”, acabam contribuindo para seu próprio desconforto e para os outros. O medo nos faz perder a dignidade, nos torna egoístas e, em última instância, responsáveis pelas consequências.

Passamos décadas com esse modelo de comportamento que corresponde a um “ser humano expirado” e não podemos mais continuar assim. É hora de emergir um novo ser humano que se reconecte com os valores dos quais eu falava no início e os leve a uma dimensão nova, mais alta e mais ousada. E acredito que este ser humano do futuro deve ter a coragem de desenvolver três qualidades que carregamos dentro de nós, mas que exigem vontade e esforço para que possam emergir e transformar a sociedade. Essas qualidades devem ser reinseridas na educação infantil.

A primeira é a compaixão por todo sofrimento humano: os mendigos, aqueles que tiveram que migrar, os doentes, os feridos, etc. Mas compaixão não é pena, se não sofrimento compartilhado. Um dia deveríamos sentir a dor dos outros como nossa dor. Como disse Dostoiévski, nenhuma estrutura social tem o direito de subsistir se for fundada no sofrimento, mesmo que seja apenas de um único ser humano. E temos que perceber que o que não aprendemos por amor, devemos aprender com a dor.

La segunda cualidad es la paciencia ante cualquier contratiempo o sufrimiento moral o físico. Esta paciencia está vinculada a la confianza de que todo sufrimiento pasará, y que en nosotros reside la fuerza y las capacidades para superarlo. Esta paciencia y este saber llevar con serenidad y confianza todas las dificultades de la vida, despierta en nosotros todo nuestro potencial, y puede convertirse en ánimo y consuelo para los demás, y por lo tanto, en algo sanador.

Y en tercer lugar, el espíritu de sacrificio que también podríamos denominar inegoísmo. La palabra sacrificio no significa sufrimiento, sino que viene de sagrado. En la antigüedad se ofrecían sacrificios a los dioses, y siempre consistía en los mejores animales del rebaño, o los mejores frutos recolectados. Era un acto de reconocimiento y de agradecimiento por todo lo recibido. Deberíamos darnos cuenta de que nos lo han dado todo: la vida, la alimentación, la educación, etc. Y cuando somos capaces de reconocer lo recibido, y de sentir compasión por los que sufren, entonces puede surgir esa cualidad que consiste en decir: no yo, sino que a través de mí pueda llegar a los demás lo que necesitan.

Quizás a algunos les sorprenda que un banquero esté hablando de estas cosas. Les confesaré que me comprometí en el proyecto de banca ética por un tema de compasión y espíritu de sacrificio, y también porque a lo largo de mi vida he desarrollado suficiente paciencia como para aguantarlo. Sí, estamos creando un banco ético en Latinoamérica no por una ambición personal, sino porque sabemos que podemos ayudar a miles de personas a salir de la injusta situación de desigualdad en la que se encuentran. Y porque estamos mostrando cómo se pueden financiar a empresas rentables que respetan absolutamente al medioambiente.

Sé que en los últimos años ustedes han hecho muchos esfuerzos y sacrificios para llegar hasta donde estamos ahora. Quizás es la parte menos visible y menos agradecida, pero al igual que los cimientos de una casa, es sumamente importante e imprescindible para sostener a lo que se va a edificar. Y ahora

A segunda qualidade é a paciência diante de qualquer contratempo ou sofrimento moral ou físico. Essa paciência está ligada à confiança de que todo sofrimento passará e que a força e as capacidades para superá-lo residem em nós. Essa paciência e esse saber levar com serenidade e confiança todas as dificuldades da vida, desperta em nós todo o nosso potencial e pode se tornar encorajamento e conforto para os outros e, portanto, algo curador.

E terceiro, o espírito de sacrifício que também poderíamos chamar de inegoísmo. A palavra sacrifício não significa sofrimento, mas vem do sagrado. Nos tempos antigos, os sacrifícios eram oferecidos aos deuses e sempre consistiam nos melhores animais do rebanho ou nas melhores frutas coletadas. Foi um ato de reconhecimento e agradecimento por tudo o que foi recebido. Devemos perceber que nos deram tudo: vida, comida, educação, etc. E quando somos capazes de reconhecer o que recebemos e sentir compaixão por aqueles que sofrem, pode surgir essa qualidade que consiste em dizer: não eu, mas através de mim, possam receber os outros o que eles precisem.

Pode surpreender alguns que um banqueiro esteja falando sobre essas coisas. Confessarei a vocês que me envolvi no projeto da banca ética por causa do assunto da compaixão e do espírito de sacrifício, e também porque, ao longo da minha vida, desenvolvi paciência suficiente para suportá-lo. Sim, estamos criando um banco ético na América Latina não por ambição pessoal, mas porque sabemos que podemos ajudar milhares de pessoas a sair da situação injusta de desigualdade em que se encontram. É porque estamos mostrando como podem ser financiadas as empresas rentáveis que respeitam absolutamente o meio ambiente.

Sei que nos últimos anos vocês já fizeram muitos esforços e sacrifícios para chegar aonde estamos agora. Talvez seja a parte menos visível e menos agradecida, mas, como as fundações de uma casa, é extremamente importante e essencial sustentar o que será construído. E agora que precisamos co-

que ya nos toca comenzar a levantar el edificio, nos llega esta complicación del virus. Lo peor que podría pasar es que cayeran en la tentación del desánimo, porque les aseguro que superaremos esta crisis, y la superaremos juntos.

No se dejen manipular por las campañas mediáticas de miedo. Les animo a que miren en su interior y descubran ese nuevo ser humano que quiere surgir. Les animo a que se comprometan más que nunca con nuestro proyecto, y se enfoquen en buscar inversores y empresas que necesiten financiación. Sigamos trabajando con la misma energía y entusiasmo que hemos mostrado hasta ahora, y fortalezcamos aún más nuestra comunidad con todo el apoyo que necesita.

No esperen a que pase la crisis para estar tranquilos, generemos nosotros la tranquilidad. Frente a la epidemia de coronavirus, les propongo que generemos una epidemia de conciencia, de entusiasmo y de compromiso con nuestra sociedad; descubrirán que también es contagiosa.

Hasta que podamos abrazarnos directamente, les envío un cordial saludo y quedo a su disposición para lo que necesiten.

meçar a erguer o prédio, temos essa complicação do vírus. A pior coisa que poderia acontecer é que vocês caíram na tentação do desânimo, porque garanto que vamos superar essa crise e vamos a supera-lá juntos.

Não deixen se manipular pelo medo de campanhas na mídia. Encorajo vocês a olhar para dentro e descobrir esse novo ser humano que deseja emergir. Convido vocês a se comprometer mais do que nunca com o nosso projeto e a se concentrar em encontrar investidores e empresas que precisam de financiamento. Vamos continuar trabalhando com a mesma energia e entusiasmo que demonstramos até agora e fortalecer ainda mais nossa comunidade com todo o apoio necessário.

Não esperen a crise passar para ficar calmos, vamos gerar tranquilidade. Diante da epidemia de coronavírus, proponho que geremos uma epidemia de conscientização, entusiasmo e compromisso com a nossa sociedade; Vocês descobriram que também é contagioso.

Até que possamos nos abraçar diretamente, envio uma cordial saudação e permaneço à sua disposição para o que vocês precisarem.



Joan Muli  
Presidente de la Fundación Dinero y Conciencia.